

Víctor Ruiz Iriarte

Champagne

En cierta ocasión Rubén Darío, al que Elisyo de Carbalho calificó de «Príncipe del Espíritu Americano», fue presentado a un español ilustre. Hablaron de Arte y de literatura. Rubén Darío fue siempre un gran admirador de los ingenios españoles. Nuestro compatriota le mostró su biblioteca:

—Aquí Cervantes, este Lope, aquel Quintana..., Garcilaso...

Y cuenta Rubén Darío que «in mente» se preguntó:

—¿Y Gracián, y Teresa, y Quevedo, y Shakespeare, y Dante, y Hugo?...

* * *

Ha estado en España Henri Barbusse. Barbusse es un líder del partido socialista francés. Es además escritor. No lo sabemos, ciertamente, por el artículo que ha publicado en «El Socialista»; pues, a mi juicio, es más arenga de caudillo, que fruto de la pluma de un literato. Pero no importa. Ha publicado varios libros en su idioma, y esto puede ser bastante, aunque no suficiente.

Un redactor de un periódico madrileño ha sido enviado al hospedaje de Barbusse para inquirir su opinión –no olvidemos que para nosotros cualquier extranjero es un crítico– sobre diferentes temas, y, entre ellos, su concepto sobre la actual literatura. Barbusse ha contestado:

—La literatura moderna debe de ser concisa y sobria. Relato breve, exento de pensamientos, metáfora y retórica... Hay que escribir para que cueste poco trabajo leer.

¡Magnífica autopropaganda de los propios métodos!...

Henri Barbusse, con su perorata, se ha hecho un perfecto autorretrato: escritor de lo fácil, para lectores fáciles...

¿Pero no piensa el lector, al leer esto, como el gran Rubén Darío ante el español? ¿Y Shakespeare, y Quevedo, y Cervantes, y Teresa, y el Dante, y Hugo?...

* * *

Es triste tradición que los grandes hombres, después de sus grandes épocas gloriosas, sufren otra gloria más cruel y atormentadora: la miseria. Pero, como tradición, la teoría tiene influjos románticos de otros días. Hoy la mercantilización ha entrado también en los dominios del Arte. Se vive el mismo espíritu artístico que en el pasado siglo; pero los artistas y poetas son más precavidos para el mañana. Y se libran de esa otra gloria, muy hermosa para argumento de romance de juglar, pero muy amarga para ser sus protagonistas...

Sin embargo, aún queda para muestra inequívoca lo que pudiéramos llamar «los últimos románticos». Algún corresponsal nos envía la noticia de que Paul Port, el gran poeta francés, se encuentra en la más completa miseria... Vive de la pensión que reúnen sus últimos admiradores. Algo parecido al Fedor de «El Paseo de los Ingleses», que tan admirablemente pintara Blasco Ibáñez...

Paul Port, de la misma generación espiritual de Musset y Baudelaire, tuvo una época en que lo fue todo. Al igual que el autor de «Las flores del mal», pasó una juventud de bohemia elegante, en tertulias y reuniones a lo Gautier... Y es triste que la aureola de la gloria oculte el instinto de conservación. Porque la gloria es breve; la vida, a veces, es larga.

* * *

Dicen que el tiempo más feliz de una vida es la niñez. La época incomparable en que ni se ama, ni se odia, ni se goza, ni se sufre. Dicha inconsciente, pero bienhechora, puesto que no cuesta trabajo conseguirla. Placer inmenso de no tener que amar para ser amado. Solo se vive para ser querido por todos. ¡Triste es pensar que cuando esos días han pasado, ya nos odian, a pesar de que entonces es cuando nosotros empezamos a amar! Y es que la vida es ingrata sin un poco de cariño...; pero es inútil si a este cariño fácil no se mezcla la semilla de unos granos de odio...

* * *

Ha muerto Rosario Pino. Hemos perdido una gran mujer y una gran española. Y sobre todo una gran artista. A veces el arte vale más que la misma vida. Hay vidas que si no viviera para el arte, serían despreciables.

Y cuentan los enterados que Rosario Pino llevaba siempre consigo un hábito monástico, con el que había de ser amortajada. También Sarah Bernhardt viajaba en sus «tournées» en compañía de un ataúd blanco forrado de raso, y en su testamento dejó escrito que en él la guardaran para siempre...

¿Es frialdad ante la muerte?

Mejor será que la coqueta vanidad de algunas mujeres, llega con el pensamiento hasta más allá de la frontera de la vida...

* * *

Los dos instantes más deseados del día son cuando amanece y cuando la noche llega. La entrada triunfante del sol se acoge con alegría, pensando que el día que empieza será mejor que el anterior. Cuando el anochecer, como preludio de la noche, se impone, nos inunda la esperanza pensando que el mañana será mejor que hoy.

* * *

Una mujer de luto es siempre un espectáculo deprimente. Si en mis alcances estuviera, yo prohibiría el uso del traje negro a toda mujer de cualquier edad que fuese. Es un vestigio de la falsa sinceridad que a todas horas queremos aparentar. Un traje negro, en algunas ocasiones, es un signo del dolor que porfiamos pregonar, y que no tiene cabida en los sentimientos escasos de nuestros corazones. En otros momentos es una publicación de la pena que, por ser tan grande, es sacrilegio que los demás la contemplen y no la comprendan...

Estéticamente es detestable. La vida debe de ser luz muy fuerte, fuertísima. Las baterías de los pensamientos, deben alumbrarse con las candilejas de las razones. Ver a una mujer de negro, además de respeto, impone desconfianza; a veces piedad; a veces compasión, y la compasión es la madre de la burla. La mujer como fuente de vida ha de ser fuente de alegría. Y el contraste entre un manto negro y unos ojos reidores..., es brutal además de innecesario...

* * *

Cárcel de mujeres. Un edificio que solo en su parte externa impone respeto y alcanza odio. Una especie de Purgatorio viviente de justicias e injusticias. Justicia ante nosotros, que son injusticias ante Dios. Injusticias para los hombres que son justas para Dios.

Delante de la puerta estrecha, y con escalones de piedra sucia y enmohecida, para bruscamente el camión que conduce a las culpables. Una turba de chiquillos, con la crueldad de la puericia, acude a recrearse en los ojos llorosos y en las caras convulsas de las condenadas. Entre ellos, una mujer del pueblo, con los brazos remangados, corre presurosa a mezclarse entre la chiquillería, para gozar del mismo espectáculo.

Abren la puerta del camión. Una sola detenida desciende de él e ingresa en la cárcel. El rudo brazo de un guardia la impulsa violentamente, y casi le hace tropezar en los escalones. Ella no ha visto la turba de curiosos. No levanta los ojos del suelo...

La mujer de los brazos remangados, grita despechada:

—¡Qué lástima! ¡Otros días vienen cuatro o cinco, y hoy que estoy yo aquí, no traen más que una!...

Una carcajada unánime de los pequeñuelos acoge sus lamentos. Ella también ríe.

Yo noto que una ira imperiosa se apodera de mí, y siento un impulso frenético de gritar lo que pienso:

—¡Mala mujer!... ¡Eres tú peor, mil veces, que esa desgraciada, que no se atrevió a levantar los ojos del suelo para mirarte! ¡Tienes toda la crueldad que da el orgullo de no haber pecado! Crees un mérito tuyo el que la vida no haya querido que aparecieras peor de lo que eres... No puedes burlarte del delito ajeno. El gozar con el dolor de los demás, es tanto como considerarse incapaz de arrostrar ese mismo dolor. No hagas de tu vida hipócrita una audacia innecesaria. ¡Quién sabe si serán tan indescifrables tus sentimientos, que si todos conociéramos el delito de la pobre condenada, no desearás tú, íntimamente, haber cometido la misma culpa que ella tiene que purgar!...